

COLECCIÓN
GABINETE DE ILUSTRADOS

HENRY JAMES

Daisy Miller

Ilustraciones de
Harry W. McVickar y
Gustave Nebel

Traducción de Óscar Luis Molina



Las ilustraciones en blanco y negro incluidas en este libro fueron realizadas por el artista Harry W. McVickar para una edición de 1902.
Las nueve ilustraciones a color, además de la ilustración de portada, son de Gustave Nebel para una edición de 1969.

Daisy Miller

© Henry James, 1878

© De la traducción: Óscar Luis Molina, 2020

© Tres Puntos Ediciones, 2020

(Escrituras Verticales SL)

Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. 28014 Madrid

Derechos exclusivos para todos los
territorios de lengua castellana

www.trespuntosediciones.es

hola@trespuntosediciones.es

ISBN: 978-84-17348-99-1

Diseño y maquetación: Pablo Barraza B.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Primera edición: noviembre de 2020

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin
autorización previa del editor.

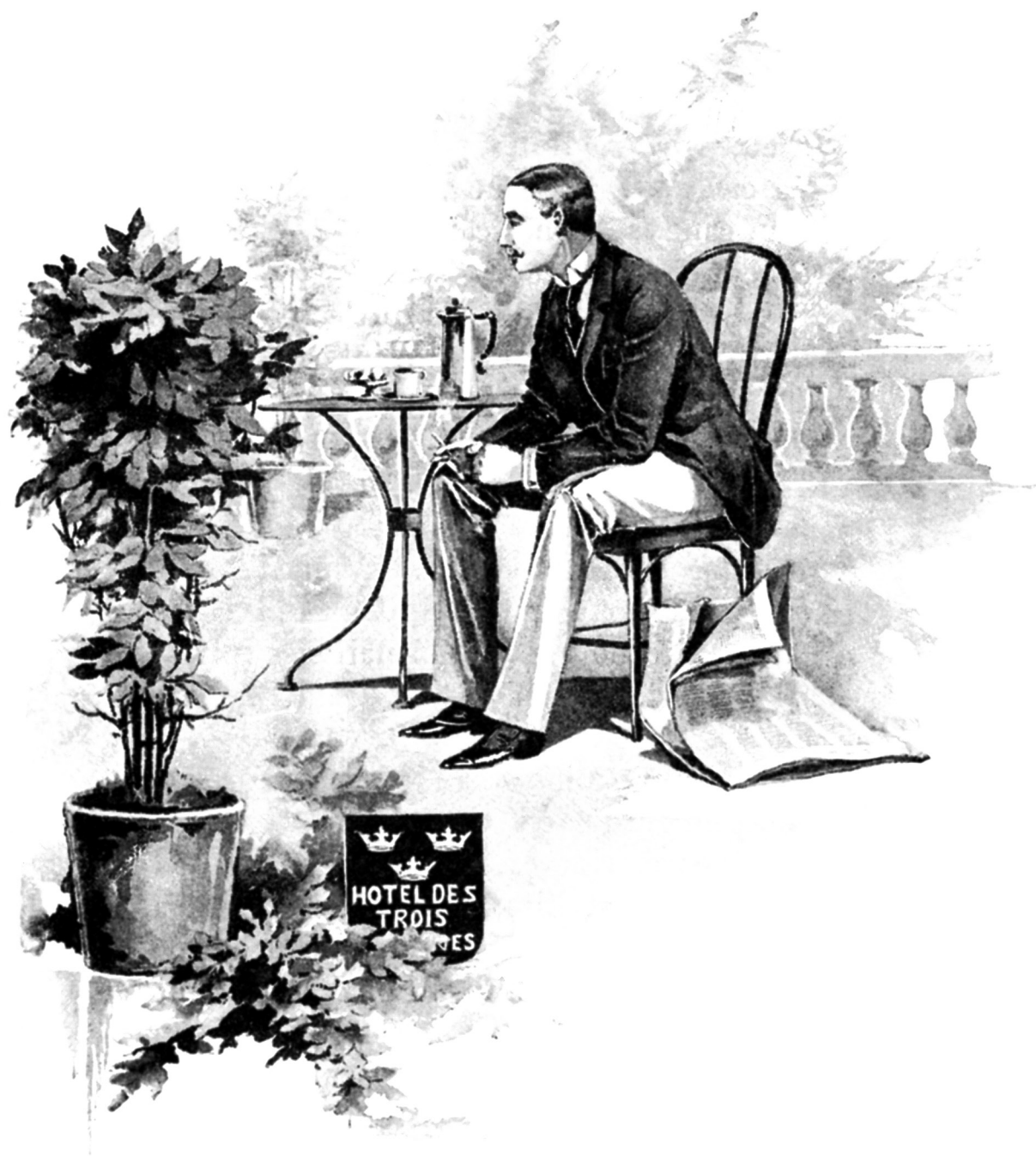
PRIMERA PARTE

En la pequeña ciudad de Vevey, en Suiza, hay un hotel especialmente confortable. En realidad, hay muchos hoteles: entretener a los turistas es el negocio de un lugar que está situado junto a un lago notablemente azul, un lago que todo turista debiera visitar. En la zona costera hay una serie de establecimientos de esta clase, de todas las categorías, desde el «gran hotel» a la última moda, con fachada de blanco impecable, cien balcones y una docena de banderas flameando en la techumbre, hasta la pequeña y antigua *pensión* suiza con su nombre inscrito con letras de aspecto alemán sobre una pared amarilla o rosa y una curiosa glorieta en un ángulo del jardín. Sin embargo, uno de los hoteles de Vevey es más famoso, clásico incluso, y se distingue por su atmósfera de lujo y por la enjundia de muchos de sus vecinos recientes y quizás advenedizos.

Los viajeros estadounidenses son extremadamente numerosos durante el mes de junio en esta región. Se podría decir, en la práctica, que Vevey asume en este

lapso algunas características de un balneario norteamericano. Hay vistas y sonidos que evocan una imagen, un eco, de Newport y Saratoga. Hay un revoloteo aquí y allá de «estilizadas» jovencitas, un susurro de volantes de muselina, un resonar sin pausa de músicaailable al despuntar el día y en todo momento el estruendo de agudo vocerío. Recibes estas impresiones en la excelente posada, casi hotel, Les Trois Couronnes, que te traslada imaginariamente a la Ocean House o al Congress Hall. Pero se debe agregar que en Les Trois Couronnes hay otros rasgos que la diferencian notoriamente de lo sugerido: impecables camareros alemanes, que parecen secretarios de embajada; princesas rusas sentadas en el jardín; niñitos polacos caminando por ahí, sujetos de la mano, con sus cuidadoras; la visión de la soleada cresta del Dent du Midi y de las pintorescas torres del castillo de Chillon.

Desconozco, por supuesto, si aquellas analogías o estas diferencias afectaban la mente de un joven estadounidense que hace dos o tres años, sentado en el jardín de Les Trois Couronnes, contemplaba en su entorno, más bien distraído, algunos de los simpáticos objetos que he mencionado. Era una hermosa mañana de verano y,



fuera como fuera la manera del joven de mirar las cosas, estas le debieron de parecer encantadoras. El día anterior había llegado en barco desde Ginebra, durante mucho tiempo su lugar de residencia, a visitar a su tía, que se alojaba en la posada digamos que definitivamente hotel. Pero a su tía le dolía la cabeza —casi siempre le dolía la cabeza— y entonces permanecía encerrada en su habitación, oliendo alcanfor; así que él disfrutaba de la libertad de pasear sin prisa.

Tenía unos veintisiete años. Cuando sus amigos hablaban de él, solían decir que estaba «estudiando» en Ginebra; cuando lo hacían sus enemigos, decían... Pero en realidad no tenía enemigos; era un personaje excepcionalmente amistoso, universalmente estimado. Lo que debiera decirse sencillamente es que cuando ciertas personas hablaban de él afirmaban que la razón por la que pasaba tanto tiempo en Ginebra era su extrema devoción por una dama que allí vivía —una dama extranjera—, una persona mayor que él.

Muy pocos norteamericanos —en realidad creo que ninguno— habían visto a la dama, sobre la que corrían algunas singulares historias. Pero la pequeña metrópolis del calvinismo hacía mucho que atraía a Winterbourne.

Allí le habían puesto en el colegio y más tarde allí había asistido a la universidad, circunstancias que le llevaron a establecer allí gran cantidad de amistades de juventud. Y mantenía muchas, lo que le satisfacía grandemente.

Después de golpear a la puerta de su tía y enterarse de que estaba indispuesta, paseó un tiempo por la ciudad y enseguida regresó a tomar su desayuno. Ya había terminado, pero estaba bebiendo una tacita de café que le había servido uno de los camareros que parecía un *attaché* en una pequeña mesa del jardín. Cuando terminó el café encendió un cigarrillo. En ese momento se le acercó un niño, un golfillo de nueve o diez años, diminuto para su edad, pero con una fisonomía que mostraba extraña madurez en una pálida constitución de minúsculos rasgos afilados. Vestía pantalones cortos y medias rojas que permitían entrever sus delgadas piernas; llevaba una brillante corbata, también roja, atada al cuello y en la mano un largo bastón de montaña cuya aguzada punta clavaba en todo lo que iba teniendo a su alcance —en los parterres, los bancos del jardín, las colas de los trajes de las señoras—. Hizo una pausa enfrente de Winterbourne y lo contempló con un par de ojillos penetrantes.



—¿Me convidas un poco de azúcar? —preguntó en un tono duro y una vocecilla penetrante, inmadura pero de algún modo nada joven.

Winterbourne miró de reojo la mesita que tenía cerca y su servicio de café, y vio que había allí varios terrones de azúcar.

—Sí, puedes tomar uno —respondió—, pero no creo que el azúcar sea buena para los niños pequeños.

Este niño pequeño se adelantó y seleccionó cuidadosamente tres fragmentos de la codiciada golosina, dos de los cuales sepultó en un bolsillo de sus pantalones cortos; el tercero desapareció prontamente donde más le apetecía. Instaló el bastón de montaña, a modo de una lanza, en el banco de Winterbourne, e intentó romper con los dientes el terrón de azúcar que tenía en la boca.

—¡Demonios, sí que está *durro*! —exclamó, pronunciando el adjetivo de una manera peculiar.

Winterbourne había notado enseguida que quizás tenía el honor de proclamarle compatriota.

—Cuidado, no te dañes los dientes —le dijo, paternalmente.

—No me quedan dientes que dañar. Ya me han salido todos. Y solo tengo siete. Mi madre me los contó anoche



y poco después se me cayó otro. Me dijo que me pegaría si se me caía alguno. Y no lo puedo evitar. Culpa de esta vieja Europa. El clima me los hace caer. En Estados Unidos no se caen. Culpa también de estos hoteles.

Winterbourne se divertía en forma.

—Si te comes los tres terrones de azúcar, sin duda tu madre te va a castigar —le dijo.

—Entonces debiera darme una golosina —replicó su joven interlocutor—. Aquí no hay caramelos... ningún caramelo norteamericano. Los norteamericanos son los mejores caramelos.

—¿Y los niños norteamericanos son los mejores niños? —preguntó Winterbourne.

—No sé. Yo soy un niño norteamericano —dijo el niño.

—¡Y veo que eres uno de los mejores! —le dijo, riendo, Winterbourne.

—¿Y tú eres un hombre norteamericano?

Y como Winterbourne respondiera afirmativamente, declaró el niño:

—¡Los norteamericanos son los mejores!

Su compañero agradeció el cumplido. Y el niño, ahora montado a horcajadas en el bastón de montaña,

contempló los alrededores y atacó un segundo terrón de azúcar. Winterbourne se preguntaba si él mismo había sido así en su infancia, ya que le habían traído a Europa a una edad parecida.

—¡Allí viene mi hermana! —gritó de pronto el niño—. Es una chica norteamericana.

Winterbourne miró hacia el sendero y vio una hermosa jovencita que se acercaba.

—Las chicas norteamericanas son las mejores —le dijo jovialmente a su joven acompañante.

—¡Mi hermana no es de las mejores! Siempre me está molestando.

—Creo que debe de ser por culpa tuya —le dijo Winterbourne.

La joven, entretanto, ya estaba muy cerca. Vestía un traje de muselina blanca, con cientos de pliegues y volantes y nudos de cintas de colores pálidos. Iba sin sombrero, pero en una de sus manos se balanceaba una gran sombrilla dotada en todo su perímetro de una gran franja bordada. Y era evidente y admirablemente bonita. «¡Qué hermosa es!», pensó enseguida Winterbourne, irguiéndose en el banco como quien se alista para ponerse de pie.

La joven se detuvo enfrente, cerca del parapeto del jardín, que daba sobre el lago. El niño había convertido su bastón de montaña en una pértiga que le servía para saltar en la grava de un lado a otro y patear la tierra.

—Randolph —dijo la jovencita—, ¿*qué* haces?

—Escalo los Alpes —respondió Randolph—. ¡Así se hace!

Y dio otro salto, dispersando guijarros muy cerca de las orejas de Winterbourne.

—Así se baja de los Alpes —comentó este.

—¡Es un hombre norteamericano! —gritó Randolph con esa su dura vocecilla.

La jovencita no hizo caso del anuncio. Miró a su hermano. A los ojos.

—Bien, creo que es mejor que te calles —se limitó a observar.

Winterbourne tuvo la sensación de que en cierto modo los habían presentado. Se puso de pie, tiró el cigarrillo y avanzó lentamente hacia la jovencita.

—Este niño y yo ya nos conocemos —dijo, muy educadamente.

En Ginebra había sido muy consciente de que un hombre joven no disponía de libertad para hablar así

sin más a una joven soltera salvo en ciertas ocasiones que no solían darse. Pero aquí, en Vevey, ¿podía haber una ocasión mejor que esta? Había aparecido una bella jovencita norteamericana que permanecía de pie junto a él en un jardín. Esta bella jovencita norteamericana, sin embargo, al escuchar la observación de Winterbourne, solo le dio un vistazo, volvió la cabeza y miró por encima del parapeto hacia el lago y las montañas distantes. El joven se preguntó si no había ido demasiado lejos; pero decidió que en lugar de retirarse tenía que avanzar más. Mientras pensaba en algo que decir, la joven habló al niño:

—Me gustaría saber dónde has conseguido ese bastón.

—Lo he comprado —respondió Randolph.

—¿Me estás diciendo que lo quieres llevar a Italia?

—Sí, lo voy a llevar a Italia.

La jovencita se miró la parte delantera de su vestido y alisó una o dos arrugas en las cintas. Enseguida volvió a posar la vista en el personajillo.

—Me parece que será mejor que lo dejes por ahí —le dijo al cabo de un momento.

—¿Vais a ir a Italia? —preguntó Winterbourne, en un tono sumamente respetuoso.

La jovencita volvió a mirarlo velozmente.

—Sí, señor —respondió.

Y no dijo nada más.

—¿Y vais a subir por el Simplón? —continuó Winterbourne, un tanto desconcertado.

—No lo sé —dijo ella—. Supongo que eso es una montaña. Randolph, ¿qué montaña vamos a subir?

—¿En dónde?

—En Italia —explicó Winterbourne.

—No sé —dijo Randolph—. No quiero ir a Italia. Quiero ir a Estados Unidos.

—¡Pero si Italia es un país muy hermoso! —intervino el joven.

—¿Y hay caramelos allí? —preguntó Randolph, casi gritando.

—Espero que no —dijo su hermana—. Me parece que has comido muchos. Y madre piensa lo mismo.

—Hace demasiados días que no como ninguno, ¡hace semanas! —terminó gritando el niño sin dejar de saltar.

La jovencita volvió a inspeccionar los dobleces del vestido y alisó nuevamente las cintas. Winterbourne arriesgó entonces una observación acerca de la belleza de la vista. Ya casi no estaba desconcertado, pues empezaba a notar que ella no estaba molesta en absoluto. En su

encantadora fisonomía no se había producido la menor alteración; era evidente que no se sentía ofendida ni estaba nerviosa. Era cierto que miraba hacia otra parte cuando él le hablaba y que no parecía especialmente interesada en escucharle; pero esto era sencillamente un hábito, su manera de ser. No obstante, a medida que él continuaba hablando y de paso le señalaba algunos de los objetos interesantes a la vista, en los que ella parecía no haber reparado en absoluto, la joven le fue concediendo gradualmente un poco más del beneficio de sus ojos hasta que llegó un punto en que él notó que su mirada ya era perfectamente directa e impasible.

Sin embargo, no se trataba de una mirada que se pudiera calificar de inmodesta: los ojos de la jovencita se mostraban singularmente límpidos y sanos. Eran maravillosamente hermosos y, por cierto, hacía mucho que Winterbourne no concebía nada más bello que los diversos rasgos de sus bellas compatriotas —sus fisonomías, sus narices, sus orejas, sus dientes—. Gozaba extraordinariamente con la belleza femenina. Era adicto a observarla y analizarla. Y en cuanto concierne al rostro de esta jovencita realizó varias observaciones. No era de ningún modo insípido, pero no exactamente expresivo, y aunque eminentemente

delicado, Winterbourne lo acusó mentalmente —cosa muy de perdonar— de necesitado de terminaciones más adecuadas. Y creyó muy posible que la hermana del señorito Randolph fuera una coqueta.

Estaba seguro de que poseía un espíritu independiente. Pero en ese pequeño rostro brillante, dulce y superficial no había el menor rastro de burla ni de ironía. Al poco tiempo resultó obvio que estaba muy dispuesta a conversar. Le dijo que irían a Roma a pasar el invierno, ella, su madre y Randolph. Le preguntó si era un «verdadero norteamericano». No lo había tomado por tal. Le había parecido más un alemán —lo dijo después de vacilar un poco—, sobre todo cuando hablaba. Winterbourne, riendo, le dijo que había conocido alemanes que hablaban como norteamericanos, pero no, por lo menos que recordara, norteamericanos que hablaran como alemanes. Entonces le preguntó si no estaría más cómoda si se sentaba en el banco que él acababa de dejar vacío. Le contestó que prefería estar de pie y caminar sin prisa; pero se sentó. Le dijo que era del estado de Nueva York «y que suponía que él sabía dónde estaba». Winterbourne aprendió más sobre ella sujetando a su escurridizo hermanito y manteniéndolo unos minutos de pie a su lado.



—Dime cómo te llamas, muchacho —le dijo.

—Randolph C. Miller —dijo el niño, cortante—. Y te voy a decir cómo se llama ella —y apuntó a su hermana con su bastón alpino.

—¡Espera mejor a que te pregunten! —dijo la jovencita, tranquilamente.

—Me gustaría mucho saber tu nombre —dijo Winterbourne.

—¡Se llama Daisy Miller! —exclamó el niño—. Pero no es su verdadero nombre; no es el que aparece en sus tarjetas.

—Una lástima que tengas una de mis tarjetas —dijo Miss Miller.

—Su verdadero nombre es Annie P. Miller —continuó el niño.

—Pregúntale cómo se llama —dijo su hermana, señalando a Winterbourne.

Pero Randolph parecía por completo indiferente sobre este punto. Continuó aportando información acerca de su propia familia.

—Mi padre se llama Ezra B. Miller —anunció—. Mi padre no está en Europa. Mi padre está en un lugar mejor que Europa.

Winterbourne imaginó por un momento que así habían enseñado al niño a dar a entender que el señor Miller había sido trasladado a la esfera de las recompensas celestiales. Pero Randolph agregó inmediatamente:

—Mi padre está en Schenectady. Tiene una gran empresa. ¡Mi padre es rico!

—¡Está bien! —interrumpió Miss Miller, bajando la sombrilla y mirando su adornada circunferencia.

Winterbourne ya había liberado al niño, que se marchó arrastrando el bastón alpino por el sendero.

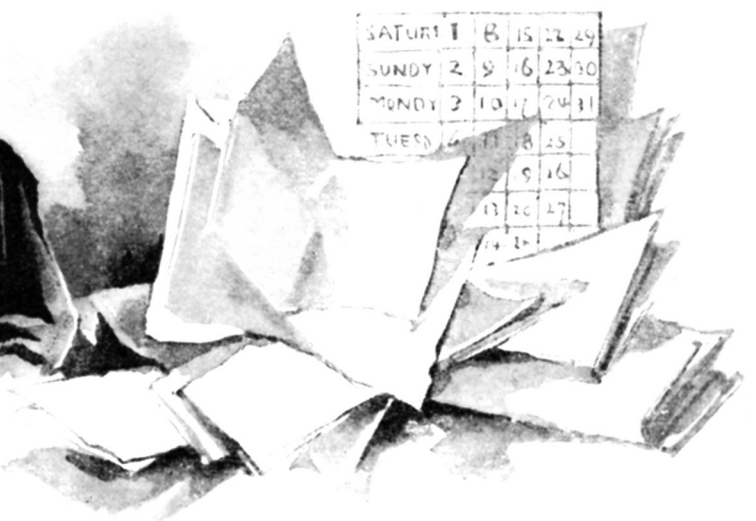
—No le gusta Europa —dijo la jovencita—. Quiere regresar.

—¿A Schenectady?

—Sí. Quiere ir directamente a casa. Aquí no ha conocido a ningún niño. En el hotel hay otro, pero siempre pasea con un profesor; no quieren que juegue.

—¿Y tu hermano no tiene un profesor? —preguntó Winterbourne.

—Mi madre trató de contratarle uno para que viajara junto con nosotros. Una señora le habló de un profesor muy bueno: una señora norteamericana, la señora Sanders, quizás usted la conoce. Me parece que es de Boston. Le habló de ese profesor y pensamos que podría viajar con



nosotros. Pero Randolph dijo que no quería un profesor viajando con nosotros. Dijo que no quería tener lecciones cuando estuviera en los trenes. Y pasamos casi la mitad del tiempo en los trenes. Y una señora inglesa que conocimos en un vagón, me parece que se llamaba Miss Featherstone, quizás usted la conoce, quería saber por qué yo no doy lecciones, ella las llamaba «instrucciones», a Randolph. Pero creo que él me puede enseñar más a mí que yo a él. Es muy inteligente.

—Sí —comentó Winterbourne—, parece muy inteligente.

—Mi madre quiere contratarle un profesor no bien lleguemos a Italia. ¿Hay buenos profesores en Italia?

—Muy buenos, diría yo —dijo Winterbourne.

—Y si no puede, le va a buscar un buen colegio. Tiene que aprender más. Solo tiene nueve años. Va a ir al colegio.

Y Miss Miller continuó de este modo la conversación acerca de asuntos familiares y otros tópicos. Estaba sentada allí con sus extremadamente bellas manos ornamentadas con anillos muy brillantes apoyadas en el regazo y con sus bellos ojos descansando ahora en los de Winterbourne, que paseaban por el jardín, por la gente que pasaba y por la hermosa vista. Hablaba al joven como

si lo hubiera conocido mucho antes. A él le parecía muy agradable. Hacía muchos años que no escuchaba hablar tanto a una jovencita. Se podría haber dicho de esta jovencita desconocida que había aparecido y se había sentado junto a él en un banco, se podría haber dicho que casi coqueteaba hablando. Pero estaba muy tranquila, permanecía sentada en una actitud encantadora, serena, si bien sus labios y sus ojos no cesaban de moverse. Tenía una voz suave, delgada, agradable, y su tono era decididamente sociable. Ofreció a Winterbourne una historia de sus movimientos e intenciones, y de su madre y su hermano, en Europa, y enumeró detalladamente los distintos hoteles donde se habían albergado.

—Aquella inglesa, la del tren —dijo—, Miss Featherstone, me preguntó si todos vivíamos en hoteles en Norteamérica. Le dije que nunca en la vida había estado en tantos hoteles como desde que llegué a Europa. Nunca había vistos tantos... nada más que hoteles.

Pero Miss Miller no hizo esta observación con ningún matiz de queja. Parecía encarar todo de muy buen humor. Declaró que los hoteles eran muy buenos, sobre todo si uno se acostumbraba a sus sistemas, y que Europa le parecía perfectamente bien. No sentía ni una pizca de

decepción. Quizás se debía a que antes lo había oído mencionar tanto. Y tenía tantas amigas íntimas que habían estado aquí tantas veces. Y entonces dijo que siempre había tenido infinidad de vestidos y cosas de París. Y que cada vez que se había puesto un vestido de París le había parecido estar en Europa.

—Una especie de sombrero mágico de deseos —dijo Winterbourne.

—Sí —dijo Miss Miller, sin prestar atención a la analogía—. Eso siempre me ha hecho desear estar aquí. Pero no necesitaba hacerlo por los vestidos. Estoy segura de que envían los más bonitos a Estados Unidos. Aquí ves las cosas más espantosas. Pero lo único que verdaderamente no me gusta aquí es la vida social. No hay vida social. O, si la hay, no sé dónde la esconden. ¿Lo sabe usted? Supongo que debe de haber alguna vida social en alguna parte, pero no la he visto. Me gusta mucho la vida social y siempre he contado con gran cantidad. No hablo solo de Schenectady, sino de Nueva York. Solía ir todos los inviernos a Nueva York. Allí disponía de un montón de vida social. El invierno pasado tuve diecisiete cenas en mi honor, y tres de ellas me las ofrecieron unos muy cabales caballeros. Tengo más amigos en Nueva York

